

**RELATO GANADOR DEL II CERTAMEN DE CUENTOS
SOBRE DERECHOS HUMANOS 2016-17**

CUARTELES DE INVIERNO

Irene Vigil Noguero

Extramuros

Era un frío día primaveral. El viento soplaba fuerte, parecía que corrían mil caballos a galope. Por el sendero se vislumbraba la silueta de un hombre de buena planta que portaba un sombrero de copa. El sol mostraba en ese momento sus últimos rayos, escondiéndose tras la colina y dejando tras de sí un rastro áureo.

Sonó un arma desenfundándose, dejaron de escucharse las pisadas y un disparo sorprendió con violencia a los pájaros de alrededor, que huyeron veloces y asustados. La figura, negra a contraluz, se desplomó. El valle de algodón recobró su silencio. Decidió morir antes de volver a ver a sus amores nocturnos...

Para viajar a Andrómeda, la galaxia más cercana a la nuestra, necesitaríamos dos millones y medio de años, siempre que lo hiciéramos a la velocidad de la luz, unos trescientos mil kilómetros por segundo. Esta galaxia es posiblemente el objeto celeste más lejano visible a simple vista por el ojo humano.

El profesor Hart fue uno de los grandes que pasaron por aquella universidad. Bastaba con preguntar a cualquiera de sus alumnos, ver la pasión sincera que tenían por él, a pesar de los años que habían pasado desde su muerte...

Antes de comenzar cada clase, preguntaba a algún alumno una duda no resuelta, de la temática que fuera. Era un aficionado de las rarezas, los detalles que suelen pasar inadvertidos, las curiosidades, las observaciones interesantes.

Hablaba con la pasión de quienes sueñan con los ojos abiertos y conseguía contagiar esa avidez de conocimiento a quienes le rodeaban. La vida, en su conjunto, le fascinaba.

Los alumnos solían nombrarle como “el enamorado de las estrellas”.

¿Nunca os habéis preguntado por qué las montañas lejanas se ven azules? El color del cielo se debe a tres factores: la composición de la luz, la atmósfera y nuestra fisiología. La luz blanca es la suma de todos los colores del arco iris. Cuando observamos un objeto determinado de un color determinado es porque refleja ese color mientras absorbe el resto. En un extremo del espectro visible está el violeta, el cual posee la longitud de onda más corta y la frecuencia más alta; en el otro extremo se encuentra el rojo, con características inversas. La luz del sol atraviesa la atmósfera y las minúsculas partículas de polvo y agua en suspensión que hay en ella no tienen

tamaño suficiente para repeler la onda y solamente la desvían ligeramente de su dirección original. Es lo que se conoce como dispersión. Como las longitudes de onda del extremo azul son más cortas, se dispersan en mayor medida que el resto de colores, y es por eso que el cielo tiene un color azul-violeta. El problema es que nuestros ojos poseen unos conos sensibles solamente a tres colores: rojo, verde y azul. El resto de colores excita varios tipos de conos a la vez, es decir, podemos obtener el resto de colores a partir de la combinación de esos tres. Como nuestra vista es más sensible al azul que al violeta, es ese color el que nos parece que tiene el cielo. Entonces, cuando nos encontramos a más de cinco kilómetros de una montaña, hay una gran cantidad de esas partículas minúsculas. Lo que nos ocurre es que contemplamos esas partículas antes que las montañas, vemos ese aire que hay en medio, y lo vemos de color azul. Por eso las montañas lejanas parecen azules. ¿Entendéis por qué os digo siempre que es imposible conocer la realidad objetiva? Nuestros ojos ven colores, formas..., pero, ¿existen realmente o son imperfecciones de nuestros órganos? ¿No serán mecanismos creados por nuestros sentidos para percibir la realidad, pero que no tienen por qué existir necesariamente? ¿No serán, como decía Kant, como el tiempo y el espacio, formas de ordenar los conocimientos pero que no existen ajenos a nosotros? ¿O acaso es un axioma que los acontecimientos siguen una secuencia temporal y espacial y tienen relaciones de causa-efecto? Lo dejo a vuestro juicio...

Oliver Hart era astrofísico e impartía clases en una universidad norteamericana. En su etapa de estudiante había sido una de las grandes promesas intelectuales del país, y numerosos medios de comunicación se habían hecho eco de sus facultades talentosas para la comprensión de fenómenos físicos. El futuro de Oliver era prometedor, llegaría a ser lo que él quisiera, le aseguraban siempre. Eran mil novecientos setenta y tres y Estados Unidos competía mano a mano con la Unión Soviética en la carrera espacial. Hart se preparaba concienzudamente para ser el

próximo hombre en la Luna, y entonces llegó la noticia. El esfuerzo y el trabajo de años pueden frustrarse en apenas un instante.

Oliver acudió a aquel examen médico con la única preocupación de ser capaz de controlar sus nervios. Empezó superando fáciles pruebas psicomotrices y sensoriales. Pero lo que prometía ser una tarde gloriosa se truncó en el departamento de oftalmología. Oliver empezó a inquietarse tras observar la perturbación del examinador durante la prueba de distinción cromática. Le llevaron entonces a una sala anexa, en la que esperó durante varios minutos. El médico entró con su madre. Ella tenía los ojos llorosos. Oliver cerró los suyos cuando el médico empezó a hablar. Apenas le escuchaba. Tan sólo una palabra resonaba en su cabeza: daltónico.

Llegar a ser lo que soñamos en la niñez es un reto arduo, que incluso no depende únicamente de uno mismo. La niñez es la edad de los deseos imposibles y las esperanzas indomables. Crecer a menudo implica convertirnos en personas tristes, monótonas y frías. Dejar de maravillarnos ante la belleza, dejar de disfrutar cada segundo en la Tierra y extraviarnos en nuestra propia ciencia. Crecer a menudo significa decir adiós a la inocencia, a la alegría, al cariño, a la pureza, a experimentar cada día. A todo lo que es tan nuestro cuando somos pequeños. Crecer significa estrellarse.

La materia siempre tiende a descansar en la forma en que consume la menor cantidad de energía. Las gotas de agua son redondas porque, a medida que caen, sus moléculas se atraen mutuamente hasta establecer un balance de fuerzas tan cercano al nulo como sea posible. La mejor forma en la que la gota puede lograr esto es la redonda. Mientras la gota tiene esa forma, la atracción gravitatoria es estable entre todas las moléculas que la componen.

Samuel tenía dieciocho años cuando comenzó sus estudios universitarios. Era un joven atractivo, inteligente y misterioso. Estudiaba ciencias biológicas con interés e incluso entusiasmo. Detrás de ese aspecto calculador e inalcanzable, esa coraza inexpugnable que se esforzaba por construir diariamente, se escondía una esencia vulnerable y sensible. Samuel había aprendido a reservar toda su belleza a la soledad o la compañía del campo, del verde, de la primavera. Se mostraba frío y distante. Pero el frío acaba quemando, y era ese halo enigmático lo que le hacía confusamente fascinante.

Samuel era uno de los alumnos que llenaban el aula de Física Aplicada ese día otoñal en el que comenzaban las clases. Oliver fue el profesor designado para impartir la asignatura. Se fijó en él casi de inmediato. Una atracción difícil de explicar, incluso para un físico. Los días pasaron y ambos fueron conociéndose más profundamente. Oliver procuraba conseguir ratos para charlar a solas con Sam al término de las clases. Sam se mostraba emocionalmente inaccesible, pero era evidente que también disfrutaba de esas conversaciones intensas y turbadoras.

La atracción trascendió de lo emocional. Ambos se buscaban, se encontraban, se perdían y se descubrían mientras se sucedían los besos y las miradas encendidas. La relación era tan intensa que ambos sabían que posiblemente acabarían consumiéndose mutuamente. Sin embargo, a veces el azar es caprichoso y cruel y quiso que una mañana un compañero de Sam fuera testigo de uno de los besos furtivos que ambos compartían en un rincón durante el descanso entre clases. Era mil novecientos ochenta y tres, y en Estados Unidos la comunidad gay era estigmatizada sistemáticamente por la pandemia de SIDA que asolaba el mundo, además de los prejuicios culturales y la homofobia generalizada desde posturas religiosas.

“Denúnciame, Sam. Denúnciame y di que te acoso en las clases, que te he obligado a besarme y que estabas coaccionado.” Oliver convenció a Sam de que era la mejor opción. Tres días después de la

denuncia de Samuel S. Allard por acoso sexual, lujuria y homosexualidad, Oliver Hart se quitó la vida de un disparo.

A menudo nos consideramos en el primer mundo como adalides de los Derechos Humanos y de la lucha contra la violencia y la brutalidad. La homosexualidad ha sido considerada pecado, delito y enfermedad hasta finales del siglo XX en todos los países primermundistas. La despenalización de los actos homosexuales se ha realizado en Estados Unidos de manera muy escalonada. El primer Estado que eliminó su ley de sodomía fue Illinois en 1962. En algunos otros estados, los actos homosexuales podían ser castigados hasta 2003. Y es gracias a la acción organizada y movilizadora de diversos colectivos LGTBI y multitud de activistas que hoy en día se reconoce la existencia de sectores sociales diversos, libres e iguales, aunque aún quede mucho camino por andar hacia la consecución de la integración real de dichos colectivos.

Intramuros

“Y tú, ¿cuándo te estrellaste?”

De pequeño soñaba con ser astronauta. Mamá me hablaba de planetas, galaxias lejanas y estrellas...

Mirábamos el cielo en noches estivales y me enseñaba a reconocer constelaciones en medio de todo ese caos galáctico. La mancha blanca es la Vía Láctea. Pero yo sólo la vi en la finca. La busqué en playas recónditas y en campos entre ciudades. Jamás disfruté de un cielo como el que bañaba el porche de la casa, en aquel monte, perdido de farolas, en mitad del verde... Hay sueños sencillos que se convierten en realidades con tan sólo ilusión y dedicación. Aunque yo siempre he creído que un sueño es algo más. Todos mis sueños han sido inabarcables...

Soñar con pisar la Luna.

Soñar con cambiar el mundo.

Soñar con la satisfacción material universal.

Soñar con responder.

Soñar con no morir.

Eran sueños grandes. Algunos egoístas. Otros generosos. Todos imaginables. Todos más allá de mis manos...

Iba a ser una tarde de victoria. La confirmación de un futuro ilusionante. Recuerdo su mirada, nunca se me borra. Lástima, le daba lástima. Estaba a punto de romperme, lo sabía y le apenaba. Me sentí vulnerable. Y triste. Indescriptiblemente triste. Crecer, para mí, significó entender que nunca iba a ser astronauta. Ese día me estrellé. El golpe no dejó sangre, pero me destrozó por dentro.

“La ciencia no ha encontrado aún sentido a nuestra existencia.”

La ciencia es en sí el sentido. Comprender el Universo, la vida, la muerte... Entender que somos porque comprendemos. Quizás algún día entendamos qué somos. Qué es la materia, la energía, cómo son las reglas físicas que rigen nuestras existencias. Quizás algún día la Física no nos reserve más misterios, quizás lleguemos a comprender a la perfección el lenguaje del Universo: las matemáticas. Quizás algún día entendamos de dónde venimos cuando nacemos, adónde vamos cuando morimos, en qué consiste la vida y cómo se genera o se destruye. Quizás podamos aceptar algún día la muerte al comprenderla, quizás sabremos cómo no morir nunca. Pero hay un quizás que se antoja inimaginable. Entender por qué somos.

“Toda pregunta que puede formularse tiene una respuesta correspondiente”.

Las causas de los fenómenos son las preguntas más difíciles de resolver. Nada peor que un por qué para una mente en calma. Dos palabras. Una preposición. Un interrogativo. Una aguda. La respuesta en cambio es una palabra, llana, adverbio, soberbia. Porque. Nunca sabremos por qué somos. Puede ser que no haya una respuesta única. Puede ser que la respuesta sea preciosa. Creo, tan sólo, que somos para intentar responderla. Somos porque comprendemos, porque pensamos, porque buscamos y curioseamos, porque nos preguntamos y respondemos. La certeza es que somos mientras comprendemos (y entonces somos conscientes de que existimos). Entonces, somos para comprender.

Concibo mi existencia como un camino interminable en busca de entender mi esencia. Una búsqueda de las respuestas a las preguntas que pueda formular, como un descubrimiento de verdades. Puede que en un solo ser humano no quepan esas verdades, pero escribimos. Lo que no pueda reservar nuestro cerebro quedará en el papel.

Nunca resolveremos esa pregunta, pero eso no significa que no haya que aspirar a ello. No significa que cada cual deje de aspirar a encontrar su propia respuesta.

Somos porque comprendemos. Y ése es el camino que escojo.

Es sencillo escribir sobre la tristeza, pero hacerlo de la alegría se me antoja curiosamente complicado. Quiero pensar que la alegría se vive y la tristeza se soporta escribiendo. Decía Bukowski que "escribir sobre las cosas me ha permitido soportarlas".

Sam, podría rellenar hojas y cuadernos relatándote cómo era mi triste vida antes de ti. Podría confesarte que aún me manan ríos en las mejillas cuando escucho algunas canciones que me recuerdan a mi

infancia y a mis padres. Podría hablarte de mis miedos, mis inseguridades y de todo lo que me daña; de que aún parpadeo cuando veo estrellas fugaces porque me da pavor que se cumplan mis deseos. Podría admitirte que me aterra pensar que puedo ser feliz, por si no es suficiente, por si nunca es suficiente, por si llegar al final del camino no es como lo esperaba. Podría contarte tantas cosas... Que me gusta hablar de heridas porque les siguen cicatrices y así la vida tiene sentido. Que prefiero la tristeza porque me hace apreciar la belleza de una manera feroz...

Escribo porque no soporto el ruido de mi cabeza, porque necesito ordenar mi propio caos. Porque es tan fácil esconderse tras un folio y no enfrentarse a una mirada...

Escribo porque ya no sé ser de otra manera, porque no sé existir sin sentir, sin conmoverme permanentemente, sin buscar la forma de conmover a quien me rodea...

Escribo porque necesito decirte que te quiero, Sam, que mi vida era un vacío hasta que apareciste. Has brotado repentinamente como una flor en primavera y has coloreado mis lienzos. Tienes las manos más hermosas del mundo porque son capaces de dar vida a lo que rozan... No me importa perder si es por ti. Para mí no es perder si eres tú quien me gana.

“Prométeme que vas a ser la persona que queríamos ser”.

No lo he sido, Oliver. Te he fallado, nos he fallado. Mamá solía decirme que cada uno de nosotros es una estrella fugaz, porque llega, brilla y se marcha, y que estaba segura de que la mía aterrizaría en la Luna para quedarse a vivir en ella y contemplar la Tierra desde lejos. Es hora de partir, me espera el vuelo definitivo. Iré ligero de equipaje...